



El arte de la muerte

la búsqueda de la eternidad

La muerte como tránsito a lo desconocido o como fin definitivo ha sido objeto de especulación desde que el ser humano comenzó a tener conciencia de su existencia. En el contexto familiar del fallecimiento del individuo pronto se registran actuaciones mágicas o religiosas con un aparente sentido propiciatorio del tránsito al más allá. Sin embargo cuando el individuo cuenta menos como elemento privado de la sociedad y adquiere un carácter público emblemático ese tránsito debía favorecer además la permanencia eterna de los valores que encarnaba. Bajo este prisma, la muerte del jefe, del chamán, del rey, del noble o del hombre rico, adquiere un carácter sociológico que sobrepasa lo particular y se proyecta a todo el grupo. Surge en ese contexto el enterramiento de prestigio, de carácter simbólico que generará en las artes un recorrido de soluciones que nos permitiría enlazar Stonehenge con el Valle de los Caídos. Todas las disciplinas artísticas pusieron sus recursos lingüísticos al servicio de lo que se ha venido llamando “arte funerario”. Todas las culturas han otorgado un valor psicopompo, conductor del alma al mundo de ultratumba, a la geometría, a determinados rituales o espacios o a figuras religiosas. Tras ello estaba la intención de permanecer, de eternizar y sostener ideales de fama, memoria y valores políticos de aquellos fallecidos con algún tipo de proyección social o política.